



Intervención de Alicia Vacas (Israel)

Rueda de prensa de presentación de la campaña de Manos Unidas «Contagia solidaridad para acabar con el hambre»

Solidaridad para enfrentar un pasado traumático y un futuro incierto

¡Buenos días a todos!

Soy Alicia Vacas, responsable de las misioneras combonianas en Oriente Medio y Asia. En estos momentos os hablo desde Jerusalén, desde mi casa en el Monte de los Olivos; es una pena no poder presentaros directamente a las personas con las que trabajamos, pero el coronavirus y el confinamiento no nos han puesto las cosas fáciles. Mientras la primera ola de Covid en primavera se mantuvo bajo control, la situación ha empeorado seriamente durante el otoño-invierno y el gobierno ha tomado medidas para poder controlar el índice de contagios. Desde hace unas semanas se está llevando a cabo una campaña masiva de vacunación, con la esperanza de que en poco tiempo se pueda restablecer una cierta “normalidad”, que va a ser una bendición para el colectivo de personas con las que trabajamos.

Aunque no puede considerarse un país pobre, en Israel existen bolsas significativas de pobreza y, sobre todo, una situación crónica de discriminación de algunos grupos humanos. Una crisis global como la que estamos viviendo, que ha afectado a todos los países del mundo haciéndonos ver que todos y todo está relacionado, se ha cebado también aquí con los colectivos más pobres y vulnerables, especialmente con aquellos que no están reconocidos como tales por el gobierno y no gozan de ninguna protección por parte del Estado: migrantes africanos, habitantes de los territorios palestinos etc.

Entre estos colectivos quiero destacar a las más vulnerables entre los vulnerables: las mujeres africanas en busca de asilo, que forman el proyecto llamado *Kuchinate* y a las que Manos Unidas no ha dudado en apoyar con ayuda de emergencia durante los confinamientos en Tel Aviv, que es donde se ubica el proyecto... Son mujeres, son africanas, han sido víctimas de abusos y violencia, no tienen reconocimiento del gobierno como refugiadas... Imagínense cómo han sufrido estos meses...

Estas mujeres forman parte de los 20.000 sursudaneses y 40.000 eritreos que, entre 2007 y 2013, llegaron a Israel, por el desierto del Sinaí, escapando de los conflictos armados y del hambre. Esa vía del desierto del Sinaí se convirtió muy pronto en un infierno de tortura y extorsiones donde muchos migrantes perdieron la vida. Y los que llegaron a Israel, se encontraron con políticas de rechazo y discriminación que les negaba el reconocimiento como refugiados y les condenaba a la marginación.

En 2013 Israel construyó un muro en su frontera meridional con la península del Sinaí y bloqueó eficazmente la entrada de nuevos prófugos aplicando la política del “retorno en caliente” (devolverlos al desierto sin verificar su situación humanitaria), el internamiento en la cárcel o en



DEPARTAMENTO DE COMUNICACIÓN

centros de detención. Casi la totalidad de los sursudaneses que había en el país fueron deportados.

En los años sucesivos, muchas de esas mujeres de las que os hablo se reasentaron en otros países donde consiguieron el estatus de refugiadas... Las más frágiles quedaron atrás, en los barrios marginales del Sur de Tel Aviv: mujeres solas, casi siempre con niños a cargo, a veces enfermas o rotas por todo lo vivido... De estas mujeres, auténticas heroínas, es de las que vamos a hablar.

Huyendo del hambre y la pobreza

Las hermanas combonianas trabajábamos como enfermeras en la “Clínica Abierta” de los Médicos por los Derechos Humanos, dirigida a personas sin recursos ni asistencia sanitaria y con la que también colabora Manos Unidas. Algunos de los pacientes de esta clínica eran migrantes africanos. Y entre ellos estaban estas mujeres eritreas, las verdaderas protagonistas de esta historia, que circulaban por las oficinas de nuestras organizaciones como sombras, normalmente acompañadas por otros “sin papeles” que ya habían pasado por los mismos despachos, contestado a las mismas preguntas y rellenado los mismos cuestionarios... Pero ellas mantenían la mirada baja, casi siempre calladas y casi siempre embarazadas...

Y así, desde el observatorio privilegiado de la clínica, descubrimos que su pudor escondía cicatrices atroces en el cuerpo y en el alma. Nos encontramos con mujeres que lo habían apostado todo para salir de sus pueblos en busca de futuro y esperanza en otros países. A la espalda dejaban situaciones de guerra, gobiernos tiranos o corruptos, desastres climáticos, de hambre y pobreza... Su único delito fue que en su camino se cruzaran las personas equivocadas, que les pidieron todo lo que pudieran ofrecer a cambio de una travesía hacia el Paraíso: hacia Israel, Europa, o lo que ellas llaman “occidente”.

Pero la travesía del desierto del Sinaí, que separa África de Israel se volvió un infierno cuando las retuvieron contra su voluntad (algunas por muchos meses), las encerraron en barracones insalubres y asfixiantes en el desierto, las torturaron, las vendieron a otros grupos de traficantes y abusaron de ellas de todas las formas posibles, mientras permitían que sus familias siguieran por teléfono sus torturas, para extorsionarles y conseguir por ellas un rescate inalcanzable.

Para algunas de ellas, los abusos habían empezado mucho antes, en el hacinamiento y la promiscuidad de campos de refugiados sin ley en las fronteras de Sudán, Etiopía o Egipto. Para muchas otras, las humillaciones continuaron después de pagar su rescate. La vergüenza y la humillación por lo vivido les han causado graves crisis personales y sociales. La imagen de sí mismas, sus relaciones familiares, sus posibilidades de retomar una vida de pareja, han quedado para siempre marcadas por el trauma y el estigma. En muchos casos, estas mujeres tienen hijos que les recuerdan todo lo que han vivido, hijos que han defendido como leonas porque, a pesar de todo, son la fuerza y el motor de sus vidas.

Enfrentarse al pasado y al desafío de sobrevivir

Cuando nuestros caminos se cruzaron, no pensábamos en “solidaridad”, ni en construir un proyecto común, queríamos sólo protegerlas y cuidarlas, porque nos abrumaban sus historias, y porque nadie merece pasar por lo que ellas han pasado.



DEPARTAMENTO DE COMUNICACIÓN

Así nació Kutchinate: del encuentro de personas dispares y de una herida abierta. Una herida que se presenta hoy con características casi idénticas en muchos países, también en el nuestro. Kutchinate en aquel momento eran un grupo de unas 20 mujeres y toda una red de voluntarios que se habían “activado” para acogerlas y acompañarlas en el proceso de integración.

Sorprendentemente, estas mujeres, que en muchos casos atravesaban procesos durísimos de síndrome postraumático, rechazaban la terapia y no querían hablar de lo que les había sucedido. Y en ese momento de desorientación resultó crucial la voz de Sr Azezet Habtezghi (Aziza, como la conocemos todos), misionera comboniana de nacionalidad eritrea, como muchas de las mujeres refugiadas. Desde su conocimiento de la cultura de estas mujeres y su experiencia de numerosas horas escuchando sus historias, Aziza nos dio la clave de lo que se convertiría en Kutchinate: “En nuestra tradición nadie va al psicólogo. ¡De estas cosas no se habla con extraños! En mi país las mujeres se sientan juntas alrededor del café y tejen cestos de mimbre durante horas, ahí es donde salen todas las penas y se discuten los problemas”, nos decía.

En Israel ese mimbre cuesta un patrimonio, está fuera de cualquier presupuesto razonable, pero una fábrica de camisetas regaló, en el momento justo, un camión de tela (de camiseta) con defectos... y ¡así nació Kutchinate! (que significa “ganchillo” en tigríña, la lengua oficial en Eritrea).

Se empezó a reunir a las mujeres para tejer juntas cestos de ganchillo. Así pasaron muchas tardes mientras se iban tejiendo, junto a las cestas, relaciones, confianza y complicidad... y llegó el tiempo de las confesiones y de abrir heridas, porque tejiendo-tejiendo Kutchinate se había convertido en un hogar para todas.

Kutchinate es un colectivo de mujeres africanas, israelíes, internacionales, misioneras combonianas, y otras organizaciones -entre las que desde hace tiempo se encuentra Manos Unidas- que trabajan juntas y juntas afrontan los retos del día a día: el de convivir con un pasado traumático al desafío de sobrevivir en un país que te niega el status de refugiado... hasta las penurias de pagar el alquiler y dar de comer a los niños durante los confinamientos en tiempos de Covid.

Técnicamente, hoy Kutchinate es un proyecto psicosocial que tiene como objetivo el empoderamiento de más de 300 mujeres en situación de vulnerabilidad extrema. Mientras se ocupa de su bienestar integral, ofrece apoyo psicosocial profesional y facilita tanto su integración en la sociedad israelí como su reconocimiento como refugiadas por parte de la ONU y su reasignación a países de acogida donde puedan ser reconocidas como tales.

Un laboratorio de solidaridad

Desde el punto de vista humano, Kutchinate es un laboratorio de solidaridad. Un ejemplo vivo y eficaz de que “otro mundo es posible”, de que existen alternativas al miedo, a la exclusión, al internamiento, a los discursos populistas, racistas, xenófobos o a las miopías nacionalistas. Y la alternativa pasa por la solidaridad y la custodia del bien común, y que es de lo que va la campaña de MMUU este año, como nos recuerda el Papa Francisco en la encíclica Fratelli Tutti (cfr. N.19): *“una economía integrada en un proyecto político, social, cultural y popular que busque el bien común puede abrir camino a oportunidades diferentes, que no implican detener la creatividad humana y su sueño de progreso, sino orientar esa energía con cauces nuevos”*



DEPARTAMENTO DE COMUNICACIÓN

En los últimos años Kutchinatense se ha desarrollado de forma inaudita y se ha convertido en un punto de referencia por su propuesta de integración y apoyo recíproco, llamando la atención de numerosos artistas que lo han enriquecido con nuevas ideas y propuestas. Pero lo que de verdad nos llena de satisfacción y orgullo es ver la creatividad, la pasión y la dedicación con la que las mujeres de Kutchinatense asumen su responsabilidad.

Manos Unidas ha acompañado fielmente el camino de Kutchinatense durante los últimos 10 años, saliendo a nuestro encuentro en todos nuestros “baches” y en los momentos más oscuros, el más reciente, por nombrar uno, durante la “emergencia Covid”. Durante los sucesivos confinamientos, en Tel Aviv, como en todas partes, los primeros puestos de trabajo que se pierden son los más precarios, dejando a muchas familias en la indigencia. Las mujeres de Kutchinatense, que trabajan en supermercados, en hostelería, como limpiadoras... han padecido lo indecible en estos meses...

Pero el sufrimiento de muchas de las mujeres de Kutchinatense ha desencadenado un vendaval de solidaridad para acompañar y sostener a las familias más vulnerables... ¡y de este Tsunami de solidaridad ha sido parte también Manos Unidas! Además, la imposibilidad de vender los productos artesanales por las vías tradicionales ha dado el empujón definitivo para lanzar la plataforma de venta online.

Está demostrado que a Kutchinatense el lema de la campaña de este año “CONTAGIA SOLIDARIDAD PARA ACABAR CON EL HAMBRE”, le queda como un guante. Las mujeres de Kutchinatense nos han demostrado lo que es resiliencia, lo que es levantarse ante la adversidad y ser capaces de salir adelante con esfuerzo, con trabajo y con apoyo de tantas y tantas personas que quieren hacer del mundo un lugar mejor para todos.

Los que trabajamos en una región del mundo tan compleja como Oriente Medio, marcada por los conflictos, y tan necesitada de reconciliación y fraternidad, estamos convencidos de que sólo la justicia y la solidaridad pueden dar respuesta al hambre de los pueblos y a sus aspiraciones de vida digna para todos.

Quizá esta crisis, esta emergencia, sea la oportunidad que nos da la vida para ponernos en la piel de los que más sufren. De los que están cerca de nosotros y también de los que están lejos. Ojalá nos sirva, también, para que esa solidaridad que hemos demostrado durante los peores meses de la pandemia se extienda también más allá de nuestras fronteras.

En un tiempo difícil y complicado como el que nos toca vivir, todos hemos aprendido algunas lecciones importantes. Una de ellas es que la vida es frágil, hay que cuidarla, protegerla y disfrutarla. Manos Unidas desde sus orígenes cuidando y protegiendo a los más desfavorecidos y, en esta campaña, nos anima a todos a tener gestos significativos con los demás, con los empobrecidos y vulnerables, y hacer, así, que nuestra vida cuente. No pierdas esta ocasión:

¡QUE LA SOLIDARIDAD CREZCA Y SE CONTAGIE!